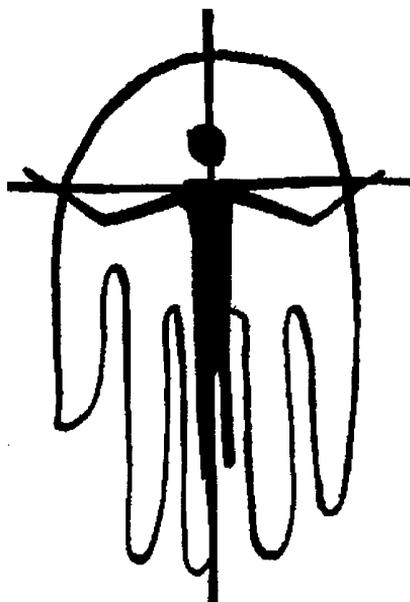


GRÁBAME



Grábame como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo porque el amor es fuerte como la muerte (Cant 8,6),

GRÁBAME

El término sello evoca en el AT no sólo el instrumento, sino la huella o marca que deja. El sello y su simbolismo se utilizaba para asegurar la propiedad de alguien sobre algo, por eso la esposa del Cantar aparece bajo la metáfora de aquello que está guardado o reservado: «huerto cenado, fuente sellada». La marca del sello manifiesta que ya hay un propietario y el sellar significa la inviolabilidad para otros.

En el NT la acción de sellar o grabar con el Espíritu Santo significa que Dios toma oficialmente posesión del ser humano como propiedad suya: «Fuisteis sellados con el sello de la promesa» (Ef 1, 13); «el Espíritu Santo os selló para el día de la liberación» (Ef 4,30) «el Mesías nos marcó con su sello» (2Cor 1,21).

El corazón es la sede de las intenciones, el lugar más céntrico e interior de la persona, el secreto último de sus opciones y afectos, mientras que el brazo o la mano son imagen de su actividad. En una persona unificada, interioridad y acción van juntas: «Jesús, compadecido, extendió la mano...» (Me 1,40) «Al verla, se compadeció de ella y acercándose tocó el féretro...» (Lc 7,13) «se compadeció, se acercó y le vendó las heridas...» (Lc 10,33). Lo que importa no es tanto llevar a cabo una acción determinada, sino que nazca del corazón y que ambos estén «sellados» por el amor.

1. PALABRAS QUE ESCUCHAR

Nada necesitamos más y deseamos tanto como lo que sugieren estas dos expresiones: «Vivir desde el cora-

zón, vivir unificados». Señal de que no es fácil lograrlo; señal también de lo mucho que esperamos de su cumplimiento... ¿Cómo lograrlo?

a) Una pasión contra tres obsesiones.

Nuestro corazón es capaz de apasionarse por Alguien, pero también de obsesionarse por algo. La vida es un don precioso, pero puede convertirse en una obsesión tiránica; las cosas son compañeras de creación, pero nuestra codicia puede hacer de ellas tapaderas de los agujeros negros de nuestro corazón; los demás son hijos e hijas de Dios, pero nuestra obsesión de prestigio puede convertirlos en objeto de nuestro dominio. Sólo una pasión más fuerte puede desalojar de nuestro corazón esa triple y peligrosa obsesión por la vida, por las cosas, por el prestigio social. Sólo un «sello». ¿Qué pasión? ¿qué sello?

«Un hombre iba por el campo y encontró un tesoro – el Reino de Dios–; este encuentro le produjo tal alegría que lo vendió todo para quedarse con el campo aquel» (Mt 5,48). Así define Jesús la dinámica de esa pasión capaz de venderlo todo, de distanciarse «por la alegría» de cualquier otra obsesión. En esa parábola se está definiendo también, sin duda alguna, el propio Jesús. Recibir que somos hijos y hermanos, dedicar la vida entera a que haya más hijos (experiencia de filiación) y más hermanos (experiencia de fraternidad), he ahí la gran pasión religiosa y cristiana hacia la que unificarse y totalizarse. He ahí la alegría evangélica y su poder movilizador.

b) Interioridad y acción. ¿Dónde está el problema?

El problema de unificar interioridad y acción, oración y compromiso no está, como a veces pensamos, ni en la oración y sus métodos, ni en la acción y sus formas. Ra-

dica, mucho más al fondo, en el corazón humano que contempla o actúa, que vive interiormente o se implica activamente. ¿Quién habita ese corazón, a quién pertenece? ¿Qué busca ese corazón en cualquiera de sus dos actividades, oración o acción? ¿Qué sello tiene? La cuestión radical es ésta, las otras son derivadas.

Porque nuestro corazón humano puede pertenecer y estar habitado por Dios y su Reino o por nosotros y nuestros reinos. En el lenguaje de la psicología, por el impulso de vida o los impulsos de muerte; por la capacidad de amar o por un narcisismo asfixiante; por el encerramiento en el miedo o por la disposición al riesgo. Ahí hay que llevar la cuestión, a liberar en ese corazón las fuerzas del amor que Dios sembró en nosotros por el hecho de ser imagen suya. La vida cristiana es un problema de pureza, antes de ser un problema de acción o de contemplación. Lo dijo el propio Jesús: «Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios».

c) Contemplativos en la acción y activos en la contemplación.

Para narrar una historia nueva en medio de tantas historias viejas de fragmentación mental y des-unificación afectiva, es preciso que la Vida Religiosa y cada uno de nosotros en ella, recorramos un doble camino, que imploremos una doble gracia. La gracia de que en nuestro encuentro con el mundo descubramos al Dios del mundo: ese Dios que está en la realidad dándola y dándose en ella, habitando, trabajando, descendiendo. (Eso significa ser contemplativos en la acción). Y la gracia también de que en el encuentro con Dios, descubramos el mundo de Dios: ese mundo-humanidad que aspira a la libertad de los hijos de Dios y se siente encadenado por tanta tiranía. (Eso significa ser activos en la contemplación).

Sólo los santos viven bien ese doble recorrido, por eso les vemos tan hondamente unificados, tan centrados en el Señor siempre, lo mismo cuando oran que cuando actúan. A los que no somos tan santos, el Señor nos «silba» siempre desde donde no estamos. Así, cuando nuestro trabajo por la justicia y la paz en el mundo nos desarraigamos de Dios, el Señor nos silba desde sus noches de oración en el monte «solo». Y cuando, como Pedro en el Tabor, nos adentramos en un misticismo descomprometido de lo que sucede abajo, en la ciudad humana, Jesús nos silba desde su decidida implicación en ella. El silbido viene siempre desde la otra orilla. Y poco a poco, humildemente, vamos aprendiendo así a ser enteramente del Señor, a convertirlo todo –contemplación y acción– en medio divino, es decir, en lugar de adoración, de encuentro, de amoroso y desinteresado servicio.

2. GENTE A LA QUE MIRAR

De algunos personajes del AT se nos dice que quedaron marcados en su corporalidad a causa del encuentro con Dios: Jacob, «marchaba cojeando... porque estaba herido en la cavidad del muslo» después de su lucha nocturna con el ángel del Señor en el Yabbok (Gen 32,31); Moisés «no sabía que tenía radiante la cara después de haber hablado con el Señor» (Ex 35,29); Jeremías sentía su Palabra «como un fuego ardiente encerrado en los huesos» (Jer 20,9).

Acércate a dialogar con algunos de esos personajes, pregúntales en qué consistió para ellos ese quedar «grabados» para siempre. Acércate después a Jesús que mostró a sus discípulos las llagas de sus manos, sus pies y su costado como «sello» de un amor que había llegado hasta el fin (Jn 20,25; Lc 24,39). Pídele que te revele cuánta

les son las «marcas» de haberte encontrado con él ,qué desea para ti.

El Salmo 1 describe la existencia de alguien a quien desde el comienzo califica de «dichoso» y a quien «todo lo que hace, le sale bien». Esa fecundidad de su actuar (de su «brazo») da pie para compararle con un árbol cargado de frutos y cuyo follaje no se marchita. Y se nos revela también el porqué de esa vida fecunda: lo mismo que el árbol «está plantado junto a un manantial de agua», el hombre tiene puesto su corazón y centrado su deseo en el Señor y vive constantemente vinculado a Él y a su voluntad.

A. Chouraqui, un autor judío, lo comenta así: «Hay un deseo que nace del amor y provoca una unión esencial del amante y del amado. La torah de Yahvé se convierte en su torah. Hay como una muerte a sí mismo y un renacer a la luz del amor: el que ama se ha transformado él mismo en torah de Yahvé y no puede hacer otra cosa que susurrarla día y noche, no porque se esfuerce en hacerlo, sino gratuitamente, porque se ha vuelto así bajo el movimiento del amor.»

Visualízate a ti mismo como un árbol y siente tus raíces, tus ramas y hojas, el circular de la savia ... ¿Qué clase de árbol eres? ¿con qué características: frondoso, medio seco, alto, débil...? ¿cómo son tus ramas y tus frutos? ¿dónde estás plantado? ¿tienes agua cerca?...

Imagina que Jesús de Nazaret pasa junto a ti, se detiene y te contempla. Siéntete bajo una mirada que no te juzga ni te reprocha nada, ni te exige más frutos de los que ahora estás dando pero quiere darte a conocer dónde está el secreto de que el «hacer» no provenga de un activismo compulsivo, sino de un amor que necesita expresarse. Pídele que comparta contigo su convicción de que toda fecundidad depende de dónde se tengan puestas las

raíces. Dialoga silenciosamente con él, escúchale pedirte: «Grábame como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo...»

Relee el salmo dejando que crezca en ti el deseo de tener tus raíces vitales cerca del agua y de vivir unificadamente el ser y el hacer...

3. CAMINO A RECORRER

Una lectura seguida de dos escenas del evangelio de Lucas que casi siempre leemos separadas (el samaritano y Jesús en casa de las hermanas de Betania, Lc 10, 25-42), puede ayudarnos a descubrir el camino de unificación o de disgregación que vivieron sus protagonistas y ver nuestras propias actitudes reflejadas en ellos. Tanto en los personajes centrales como en los secundarios aparecen unos modos de actuar que revelan un corazón y un brazo armonizados, y otros en los que descubrimos búsqueda de los propios planes y programas, deseo de eficacia y de realización propia, hiperactividad, obsesión por la eficacia inmediata...

- el **sacerdote** y el **levita**, aparecen tan preocupados por cumplir con sus deberes religiosos que no les queda tiempo ni atención para el hombre concreto herido que se encuentran en su camino.
- **Marta**, tan agitada por agasajar al huésped según sus propios criterios, no tiene capacidad de escucha para saber qué era lo que realmente necesitaba.

Los tres aparecen distraídos y dispersos en sus propios proyectos, planes, ocupaciones o reflexiones. Su corazón aparece invadido por «deseos okupas»: llegar al templo, ser puros, preparar una buena comida... Y eso no les permiten vivir centrados en lo esencial que en aquel momento era atender al hombre de la cuneta y escuchar a Jesús.

- **María y el samaritano** en cambio, están unificados por una pasión única que les hizo acertar con aquello que en aquel momento preciso era lo «único necesario». Jesús toma partido por ellos y los propone como modelo: «María ha elegido la mejor parte»... « Ve y haz tú lo mismo»... En ambos contemplamos la meta de nuestro propio camino de unificación.

4. PROPUESTAS PARA CONVERSAR

En la exhortación postsinodal *Vita Consacrata* aparecen expresiones como signo, testigo, testimonio y visibilidad, y verbos como expresar, hacer visible, hacer reconocible, manifestar.. Juan Pablo II empuja a la VR a proclamar con elocuencia su esplendor y su belleza porque es «espejo de la belleza divina» en un mundo desfigurado y, con todo, hipersensible al lenguaje de los signos y de los símbolos.

Podemos dialogar en comunidad sobre lo que entendemos por visibilidad y cómo nos situamos ante esa llamada: ¿nos sitúa en las antípodas de una espiritualidad de inserción o de escondimiento radical? ¿Parece llevar hacia formas de vida más institucionalizadas? ¿Llama a la VR a introducirse plenamente en la realidad de nuestro tiempo, pero sin estar de tal modo sumergida que no quede nada de la «luz que brilla en las tinieblas»?

Buscar juntos algunos indicadores que permiten vislumbrar que oración y vida comienzan a ir juntas en nosotros, con esa connaturalidad que revela la presencia de la gracia, y no sólo de nuestro esfuerzo.

Evocar algún momento fulgurante de nuestra vida en el que la «pasión dominante» por el Señor y el Reino consiguió vencer otras pasioncillas y obsesiones (por la propia supervivencia, por las cosas, por el prestigio...). Y con qué tipo de «sellos» inteligibles para los jóvenes podemos

expresar hoy quién habita nuestro corazón y a quién pertenece.

